

en la visión de la naturaleza como un *corpus* regido exclusivamente por leyes que ha impuesto el entendimiento. Ello ha sido posible en virtud de un cambio sustancial de identidad: quien fuera intérprete del mundo, se ha transformado en hacedor de lo real. El hombre del siglo XX se ve a sí mismo como el suplente de Dios.

¿Pero qué clase de entendimiento es éste que le ha permitido al hombre adjudicarse sin vacilaciones los atributos de un poder ilimitado? ¿Qué suelo nutrió esta creciente incapacidad de discernir al otro como otro; esa tendencia a concebirlo todo como subproducto de una lógica racional?

Al postular que la estructura de la naturaleza es matemática, Galileo afirmaba, al mismo tiempo, que el enigma de lo real es resoluble, ya que su índole coincide con los recursos de que dispone la razón para interpretarlo. La clave del espacio exterior pasó, entonces, a estar en el espacio interior. Quien deseara saber cómo eran las cosas que se veían, que mirara al ojo que las observaba. El siglo XVII asentó las bases de una epistemología a la que todavía estamos pagando tributo. Su tesis primordial, que es, a la vez, la más petulante de sus tesis, pretende que la lógica del entendimiento gobierne arbitrariamente la del mundo, y supone que la obsecuencia y el servilismo de la naturaleza hacia el hombre serán infinitos. Se establece así, entre las leyes de la observación y las que son inherentes a lo observado, un vínculo de dependencia en favor de las primeras: conocer significará dominar, saber querrá decir estar en condiciones de sojuzgar, y el progreso será homologado a la pura explotación. Desoída, y más que desoída, devastada, la Tierra es hoy un receptáculo de órdenes, el territorio de una cadena de abusos monstruosos practicados en nombre de una concepción de la vida que esconde, detrás de sus eufemismos tecnocráticos, los impulsos de una sensibilidad criminal.

Cassiano Ricardo comprendió profundamente la médula de esa lógica del avasallamiento que sirve de apoyo a la destrucción contemporánea de la vida. Vio, por ejemplo, hasta qué punto constituía una negación radical del espacio exterior, de la realidad de ese espacio. No se le ocultó nunca a Cassiano la insuficiencia epistemológica y ontológica de los criterios causalistas que gobiernan nuestro sentido común. Supo muy bien, como subraya Fúlvia de Carvalho Lopes, «que no es así como funcionan nuestras facultades mentales y nuestra memoria. No es así como retenemos o reproducimos de memoria un paisaje. No es en el espacio plano ni en perspectiva, ni a lo largo de la línea recta donde se ejercen la memoria y el proceso de creación. Nuestra mente, y es Paul Chauchard quien lo dice, nuestros mecanismos mentales no son lineales; la asociación de ideas no se produce linealmente, como se pensó, sino “multipolarmente”, ya que el tejido de la mente es una red de mallas, huecos, cruzamientos»<sup>9</sup>.

Consecuentemente, en un orden teórico, con algunas enseñanzas esenciales del surrealismo, la psicología de la forma y la poesía concreta, Ricardo se empeñó en el rescate de una dimensión de la sensibilidad humana más honda y decisiva que la propuesta por la lógica formal. Especialmente a partir de los años 60, ese empeño alcanza a tradu-

<sup>9</sup> Fúlvia de Carvalho Lopes, *Dimensão Espaço*, artículo publicado en el «Suplemento Literario» de O Estado de São Paulo, *San Pablo*, 28 de julio de 1974.



y es evidente, por el análisis de “Gagarin” o “Traslación”, donde la posición de las palabras es dictada por la forma del poema, que no se trata de versos. Hay, a partir de allí, una diferencia de punto de vista: Cassiano dispone sus líneas en la página según un criterio exclusivamente gráfico (y semántico), mientras que el verso, en su pureza, no es solamente gráfico, sino que obedece, en todo caso, a un ritmo auditivo, regular o no. Pues bien, el lino signo de Cassiano se independiza, en su intención, del ritmo auditivo, y eso lo caracteriza y diferencia.

La autonomía ganada por el lino signo con respecto al ritmo auditivo, unida a la relevancia que cobró el aspecto gráfico de la transmisión del mensaje, fueron recursos mediante los cuales Cassiano trató de reconquistar para la mirada, atributos hasta entonces monopolizados por el oído. De hecho, ya las mismas raíces teológicas de nuestra cultura occidental resaltan la preponderancia de la palabra sobre la imagen. En oposición al dios que se ve (grecolatino) está el dios que se oye (judeocristiano). Conste además que, durante toda la Antigüedad y la Edad Media, el dominio de la palabra escrita fue patrimonio de minorías, hecho que, en lo que atañe a la transmisión del conocimiento, otorgó a la lectura efectuada en voz alta una función mediadora decisiva. Las mayorías iletradas que desearan saber, debían oír. Y la inflexión de la voz de quien leía tuvo una importancia primordial en el modo de acceso al sentido de lo escrito por parte de quien escuchaba. Las pausas, subrayadas por los signos de puntuación, dan cuenta de la perfección alcanzada en el arte de leer con la voz.

La creación de la imprenta, unida a la alfabetización creciente de las masas, fue modificando los hábitos de lectura, al punto que leer terminó siendo una operación solitaria y silenciosa. De este modo, se fue perdiendo lo que Julio Cortázar llamó «el sentimiento oral de la literatura». Curiosamente, la preservación histórica del verso, entendido como estructura rítmica, atestigua la sobrevivencia de criterios de lectura típicamente orales que, con el tiempo, fueron transformándose en una práctica cada vez más infrecuente. El lino signo de Cassiano trata de reflejar, precisamente, hábitos de lectura que son contemporáneos, es decir, una concepción del modo de leer que es sobre todo visual, y en la cual la función expresiva del espacio gráfico pasa a desempeñar papeles tradicionalmente cumplidos por la entonación y la cadencia de la voz.

Por lo demás, la nuestra es una cultura que, en términos comunicacionales, ha vuelto a adjudicar a los ojos un carácter central. El mensaje hoy se dirige, ante todo, a la mirada. La imagen ha arrebatado al lenguaje verbal todos sus viejos privilegios. Este es, respecto de aquélla, complementario. Cabe decir, en tal sentido, que el lino signo refleja esa reversión de valores, la testimonia y la ejemplifica. De modo que con sus nuevos recursos formales, Ricardo trazó, no cabe duda, una crónica lírica de las alternativas que hoy definen aspectos fundamentales de la relación del hombre con la palabra.

**Santiago Kovadloff**